

Ángel González



Cadáver ínfimo

Se murió diez centímetros tan solo:
una pequeña muerte que afectaba
a tres muelas careadas y a una uña
del pie, llamado izquierdo, y a cabellos
aislados, imprevistos.

Oraron lo corriente, susurrando:

«Perdónalas, Señor, a esas tres muelas,
por su maldad, por su pecaminosa
masticación. Muelas impías,
pero al fin tuyas como criaturas.»

Él mismo estaba allí,
serio, delante

de sus restos mortales diminutos:
una prótesis sucia, unos cabellos.

Los amigos querían consolarle,
pero solo aumentaban su tristeza.

«Esto no puede ser, esto no puede
seguir así. O, mejor dicho:
esto debe seguir a mejor ritmo.

Muérete más. Muérete al fin del todo».

Él estrechó sus manos, enlutado,
con ese gesto falso, compungido,
de los duelos más sórdidos.

«Os juro

—se echó a llorar, vencido por la angustia—
que yo quiero morir mi sentimiento,
que yo quiero hacer piedra mi conducta,
tierra mi amor, ceniza mi deseo,
pero no puede ser; a veces, hablo,
me muevo un poco, me acatarro incluso,
y aquéllos que me ven, lógicamente,
deducen que estoy vivo;
mas, no es cierto:
vosotros, mis amigos,
deberíais saber que, aunque estornude,
soy un cadáver muerto por completo».

Dejó caer los brazos, abatido,
se desprendió un gusano de la manga,
pidió perdón y recogió el gusano
que era sólo un fragmento
de la totalidad de su esperanza.

rinconpoetico.com

Poemario	<i>Tratado de Urbanismo (1967).</i>
Extraído de	Ángel González. <i>101+19= 120 poemas</i> <i>Prólogo de Luis García Montero</i> Colección Visor de poesía, 2000.